



CONCURSO DE RELATOS

XIX DÍA DEL PÍNFAÑO

Córdoba, octubre, 2024

Preparando el ingreso

Autor: Vicente Torres Cunill

Volviendo al Colegio, era normal salir a Madrid, cuando estábamos aprobados, varios compañeros juntos. En la lectura de mi diario de cualquier domingo, cito mi salida junto a varios pínfanos, cuyos apellidos menciono, para ir al cine. Después casi siempre nos acercábamos por dos bares, como por ejemplo “El Quinto Toro”, que ahora no recuerdo dónde se encontraba; y también “El Patio”, en la calle Arlaban. Eran como nuestros puntos de reunión.

Allí, fuera de las cuatro paredes del Colegio, cada uno, cuando podía, iba contando su vida, sin estar vestidos con el “trapillo” de todos los días y sin miedo a que detrás nuestro se encontrara algún inspector. El caso era echar una charla o palique, de anécdotas ocurridas en el cole a cada uno de nosotros, durante la semana. Y, normalmente, buscando provocar la risa de los demás.

Extracto de mi diario:

«Día 19 de febrero 1957. Fui a ver al médico porque tenía hinchada una parte de la oreja izquierda. Me miró y me envió rápidamente a la enfermería. Porque me dijo que tenía paperas. Por la noche ingresó también Sánchez Pérez, pero no era por paperas, sino por otra cosa. Me ponen una inyección de vitamina C que me duele muchísimo. Al día siguiente me dejan una radio galena y me pongo a oír música por la única emisora que se oía, de Radio España. El viernes, día 22, abandona la enfermería Sánchez Pérez y me quedo solo, pero con la radio galena. Me cambié a su cama porque se veía un poco la calle, si me sentaba en ella. Día 25: Dice la radio que han cambiado varios ministros. Día 26: Vino el médico a verme a las 11,30 y me dio el alta, tras un nuevo pinchazo que me hacía ver las estrellas».

Como resumen, me tiré una semanita en la enfermería y, si no hubiera sido por los pinchazos, diría yo que habría sido una semana maravillosa. Descansando y oyendo la radio. Aunque fuera una radio galena y con auriculares. Pero no había otra cosa por entonces.

Sin querer lo comparo con los medios audiovisuales que tengo yo ahora mismo en mi poder y me llevo las manos a la cabeza. Pero aquello tenía su encanto. Era otra cosa. Y el pensar en ello, me produce unas sensaciones maravillosas, y me dan motivo para pensar que ahora vivo mucho mejor. Aunque, sin embargo, tenga otros problemas distintos, como todo el mundo. Ya que tengo tras de mí, toda una prolongación de cuatro hijos y ocho nietos que, aunque me dan una enorme alegría, también, por un motivo u otro, vienen sin querer, traen contrariedades y preocupaciones lógicas.

En las secciones 3ª y 4ª, de los primeros años en el Colegio, tuvimos diferentes profesores, que, lógicamente, se dedicaban a enseñarnos sus materias correspondientes. Aunque de esas secciones difícilmente “debería” ingresar ese año, alguno en la Academia. No es que fuera imposible ni mucho menos.

Recuerdo al bonachón de Don Rosendo, al que le llenábamos de trozos de tiza los bolsillos de la chaqueta, día tras día, y al que aplastábamos el huevo frito que llevaba en su cartera de mano, dándole puñetazos. Esto era a diario. A mí me daba vergüenza de todo ello, y todavía me la da. Don Recuero, Sol, etc., eran otros nombres de otros profesores.

En las otras secciones, 1ª y 2ª, eran otros los que impartían las distintas materias. Como Don Ángel Lobo, padre de una generación de hijos militares, muy serio en clase y en todo lo que hacía. Qué pocas veces la sonrisa aparecía en su cara. Pero un gran profesor.

Hacia el mes de abril, dejaron de funcionar las clases y por lo tanto, ya no vinieron los profesores. El objetivo era, que dedicásemos todo el tiempo a estudiar las “papeletas” de los exámenes de Zaragoza. Todos los días en clase sacábamos a boleo una de ellas y nos dedicábamos a explicarla como si estuviéramos encima de la tarima y enfrente del tribunal militar. Claro que no era lo mismo.

Según se iba acercando el día de tu marcha a Zaragoza, los nervios se adueñaban de tu estómago de una forma que se notaba palpablemente. Mucho más tranquilos estaban los pínfanos que se examinaban por primera o segunda vez, que el que se examinaba en su última ocasión. Ese día, se la jugaban o nos lo jugábamos, al todo o al nada.

Siempre era una lucha contra otros diez aspirantes. La primera vez que te presentabas, la participación en los exámenes era muy tranquila. Pero tenías que pasar bien la gimnasia, el examen médico, y las asignaturas del primer grupo, que con anterioridad cité, sabiendo que te suspenderían en matemáticas o en geometría, que era donde estaba el coco.

Mención aparte merece el dedicar un párrafo a la clase de gimnasia. Parece mentira el miedo que daba a muchos aspirantes, el salto del caballo o del potro. Cuántos aspirantes no ingresaron en la Academia por ese motivo, teniendo todo el año para intentarlo una y otra vez. Porque el que no saltaba el caballo en su academia preparatoria, tampoco lo saltaba cuando llegaba el momento definitivo, en el campo de deportes de Zaragoza. Yo mismo he oído decir:

—No. Yo allí me lanzo con todas mis fuerzas y, aunque me mate, yo lo salto.

Qué va. Nada más lejos de la realidad. Al lanzarse con todas sus fuerzas, tampoco lo saltaba. Un año entero perdido. Tengo presente en mi retina el día que yo también me examinaba de gimnasia. Los tres anteriores a mí en el salto del caballo, por fallar al tercer intento, les echaron del citado examen. Después, este pínfano, a la vista de lo ocurrido con los anteriores, realizó el mejor salto de ese año.

También perdió el año uno de mis compañeros, Segura, según anoto en mi diario. Un día de mayo, al ir a saltar el mencionado caballo, se rompió la muñeca y se lo llevaron al hospital, y de allí a su casa, a intentarlo el siguiente año. Por este motivo, y con mucha razón, estaba prohibido desde el mes de abril, jugar a cualquier deporte, para evitar que nadie se perdiera ir a examinarse.

Extracto de mi diario:

«Día 15 de Mayo. Después de la misa y del desayuno, le regalamos al Sr. Franco (uno de los inspectores, pero buena persona) una maleta, pagada por todos nosotros, ya que nos enteramos de que no tenía ninguna y se emocionó mucho. Por la tarde salí con Casal y con Obregón Roviralta (muy amigo mío, también Coronel de Intendencia). Canté con Obregón (pero no digo donde). Raúl García se lesionó el hombro jugando al fútbol. Reiterando que estaba prohibido hacerlo, nos quitaron los balones. Se marchan a examinarse a Zaragoza, Cabezas de Aguilera (acaba de fallecer), Duarte Moreno y Sánchez Muñoz, “el rana”».

Normalmente, todos los días salían hacia Zaragoza, unos cuantos, los de la tanda de examen, con una bolsa que contenía un bocadillo de tortilla de patata y otro con pollo. Algunas veces, los acompañábamos hasta la estación de Atocha y les cantábamos, mientras ellos nos decían adiós desde las ventanas. Qué jaleo armábamos. Lo cuento en plan resumido, ya que nos estaríamos con ellos en el andén, más de una hora. Al terminar cogíamos la camioneta, para el Colegio. Así día tras día. Qué tiempos aquellos, qué tiempos felices, que no volverán. Es la letra de una canción.

He pasado de puntillas, sobre el tema religioso en Carabanchel Alto. Pero no ha sido queriendo y, como he dicho en alguna ocasión, hay tiempo para todo.

La instrucción y la orientación religiosa en este Colegio, donde no había monjas, por cierto, estaba encomendada a los Salesianos, los cuales tenían, muy cerca del Colegio, un seminario con un número de alumnos considerable. Solían venir semanalmente para inculcarnos la doctrina católica, así como para impartir los domingos la Eucaristía, además de escuchar las confesiones, de todos aquellos que lo necesitasen.

Eran gente buena y se les recibía de buena gana. En los dos últimos años, el salesiano José Antonio Rico, relativamente alto y verdaderamente delgado, era el director del tema religioso.

A él se debe el himno del Colegio “Viejo Trapillo”, que todavía, en algunos actos, cantamos todos juntos. Así mismo, la realización de una colecta para la adquisición de un Cristo crucificado, del que carecía la capilla. Como todos teníamos un número, a Él se le otorgó el número siguiente, el 716.

Se dio la circunstancia que el edificio, con el paso de los tiempos, dejó de ser un Colegio preparatorio del ingreso en la Academia General Militar, para los pínfanos, vaciándose de muebles, literas, pupitres etc. El Cristo desapareció, sin que nadie supiera dónde había ido a parar. Hasta que se encontró, gracias, sobre todo, a la labor de Jesús Ansedes, secretario de la Asociación de Huérfanos, y un poco a la mía. He comentado anteriormente que lo vamos a colocar en el Colegio anterior de Carabanchel Bajo, en la capilla y casi pegado al Cristo de ese Colegio.

El padre José Antonio murió en Madrid, en el año 2010. Descanse en paz, porque era una buena persona.

Antes de que se me olvide, jugamos dos partidos contra los Salesianos, estando yo en el Colegio. Como ellos jugaban con sotana, se las ingeniaban para meter el balón dentro de la misma y vaya usted a quitárselo. Era francamente difícil. Y otra cosa, un poquito marranitos sí que eran y, que Dios me perdone, porque se notaba que Él iba con ellos, descaradamente. Lo digo porque tuvieron una suerte increíble. Solo la presencia en el campo de ciertas acciones “milagrosas”, que vaya usted a saber de dónde salieron, y yo no digo nada porque después todo se sabe, impidieron un claro y rotundo triunfo de los pínfanos.

Entre mis viejos papeles y antiguas fotos da la casualidad de que he encontrado una foto de ese partido. Qué alegría me ha dado. Al dorso escribí lo siguiente:

«Día de San José (19 de marzo). En los salesianos ganamos por 3-2. Jugué de interior izquierdo, formando un ala muy peligrosa con Fajardo. No marqué ningún gol. Cada día juego mejor, y eso que no me cuida».

Es una foto que envié a mi madre y, por arte de magia y de mi hermana, la he recuperado con gran alegría. Para mis compañeros, diré que de izquierda a derecha y de arriba abajo, están Vieira, Rodas, apoyado en otro, Pedro Moraza Olite, muy amigo mío, de Navarra y con el cual coincidí en el Sahara, y por aquél entonces, un poco noviete de la amiguísima de mi mujer, Carmen Ramos (pag.228), El Chulez, Urios, el Peque de portero, Duarte mi compañero de Barcelona, Palomo, otro que no recuerdo, yo y Fajardo el cordobés.

Es de justicia resaltar el juego de Fajardo. Qué movimiento natural con el balón en los pies. Qué velocidad corriendo la banda izquierda. No había defensa que pudiera pararle. Me recuerda muchísimo a nuestro Messi actual, pero muchísimo. Vamos, que no. Que el cabrito no se movía ni “pa tras”. Ni empujándole, vaya. Pero era tan simpático. Y además era rubio, que quieras o no, en las fotos de color, daba su cosa y quedaba bien.

Extracto de mi diario:

«Día 21 de Mayo, nos han dejado salir a la calle, a las 11 horas, para que vayamos a aplaudir y a hacer bulto a la Gran Vía, porque han llegado a Madrid, invitados por Franco, el Sha de Persia y su bella esposa, la Emperatriz Soraya».

Fuimos cinco del cole, juntos, a ver a Soraya, que era lo único que nos interesaba y que, según las fotos de ella, era de una belleza increíble. Y de verdad, era guapísima, por lo poco que pudimos ver.

Por la noche se escaparon del Colegio unos 40 y llegaron a las 8 de la mañana. Lo tenían todo perfectamente estudiado y sin dejar ningún cabo suelto. Así sí que se puede escapar uno. Unos minutos antes de las 8 de la mañana, tal y como teníamos planeado, yo tenía los “trapillos” de todos ellos, que se dice pronto, preparados para tirárselos por la ventana, y así entrar en el Colegio, ya vestidos reglamentariamente. Cosa que así hice.

Extracto de mi diario:

«Les han cogido a todos. Qué fracaso. A mí no me ha pasado nada, porque nadie dijo quién les había tirado desde la ventana los “trapillos”. No sé qué les pasará mañana. Se van de la tanda a examinarse, Fajardo, Munuera y Antolín. Suerte».

Les iban a cortar el pelo al cero a los 40 escapados, pero como en unos días debían ir a Zaragoza a examinarse, el coronel les dejó el pelo y les quitó la salida a la calle, hasta el mismo día de coger el tren en la estación de Atocha. Presentarse al examen en la Academia con el pelo al cero, en aquellos tiempos, podría ser perjudicial ante un tribunal militar, ya que siempre existiría la duda de “¿por qué le han cortado el pelo al cero?”.

No sé si lo he dicho con anterioridad, pero si no, lo digo ahora. Yo aprobaba los cursos todos los años en los exámenes de junio, sin mucho esfuerzo. Pero mi entrega al estudio era cosa secundaria, siendo prioritario el pasármelo bien, con los muchísimos compañeros que tenía a mi alrededor. Motivo por lo cual, en Carabanchel Alto, seguí con la misma política, ya que tenía cuatro intentos para aprobar los exámenes en la AGM de Zaragoza. Y, como buen optimista, ya aprobaría en alguna de ellas.

Como, de entrada, me colocan en una sección de clases, donde ninguno “debía” de ingresar, me dio base para pasarme un par de añitos sabáticos y Dios diría después lo que tuviera que decir.